

El bilbaino Xabier Larrea es malabarista. Le atrajo la idea de llevar a su profesión de viaje y ahora no puede desprenderse del gusto de vivir del equilibrio. Actúa hoy, a las 20.00 horas, frente del Museo Marítimo. TEXTO María R. Aranguren FOTO Javi García

# Vivir del equilibrio

**L**a pelota ya no distingue sus colores, que se confunden en el giro que el malabarista impulsa. Ahora la pelota es un reto al vértigo que propone la mirada de Xabier Larrea. Este malabarista aprendió pronto a sobrevivir a la fuerza de gravedad, a fijar su vista en el punto exacto, a ilusionarse con concentración.

Comenzó por el deseo de saberse independiente, de trotar el mundo con el trabajo a cuestas. Le transmitió la afición un francés. "Llevaba tres años viajando por Europa y se ganaba la vida haciendo malabares; yo me dije... ¿cómo es esto? ¡Tengo que aprenderlo! Y él me enseñó las primeras técnicas...". De ser un pasatiempo, pasó a *tiempoentero*. Los malabares se introdujeron en su vida para quedarse, dejando a un lado grifos y cañerías. "Yo era fontanero, pero tras un curso en la Escuela Circomedia en Inglaterra, con 21 años, me di cuenta de que ese oficio no era lo mío".

Larrea es miembro de Koblakari, una asociación de malabaristas vizcainos que se reúne en el Gaztetxe de Rekalde todas las semanas. En el segundo piso de este espacio abierto y autogestionado se imparten talleres de malabares y se unen aficionados y profesionales con el objetivo de aprender.

"El circo se basa en ver, aprender y compartir; eso en otras artes escénicas no se da. Por ejemplo, en la danza, cada uno tiene su propia coreografía. El circo tiene técnicas claras y definidas que la gente comparte. No existe tanta competitividad", opina Xabier.

Los lunes y los miércoles se ofrece un taller de acrobacias que dura dos horas y cuesta 15 euros al mes. "El precio se pone para que la gente que se apunte continúe viniendo y no se rompa el grupo", explica. El segundo piso del local, un antiguo pabellón industrial, fue reformado con el esfuerzo de la asociación y de otros voluntarios, "que invirtieron horas de trabajo y dinero durante años". Xabier Larrea recuerda los inicios. "No había luz y estaba todo sucio y lleno de máquinas; el lugar resultaba muy atractivo porque los techos son muy altos y se necesitan para las acrobacias y el trapecio...".

El malabarista vasco critica el poco apoyo de las administraciones públicas y asegura que en otras ciudades, como Burgos, "todos los grupos teatrales disponen de un espacio para colocar sus escenarios y ensayar".

Hoy día, la figura del malabarista, habitualmente relacionada con el circo, se confunde con la del trapecista, el clown... El nuevo circo poco tiene que ver ya con los leones y los papeles detallados de sus integrantes... Ahora, el malabarista suele ser también actor y presenta una propuesta que incluye habilidades propias de otras disciplinas.

En la Escuela Nacional de Circo de Cuba, en la que también estudió Xabier Larrea, todavía se ofrece, según cuenta, "una presentación un tanto anticuada del circo. Sin embargo, la escuela es buena y barata y tienen mucha técnica, como los rusos".

En realidad, cada pueblo refleja su idiosincrasia en los malabares. "Aquí vive mucho

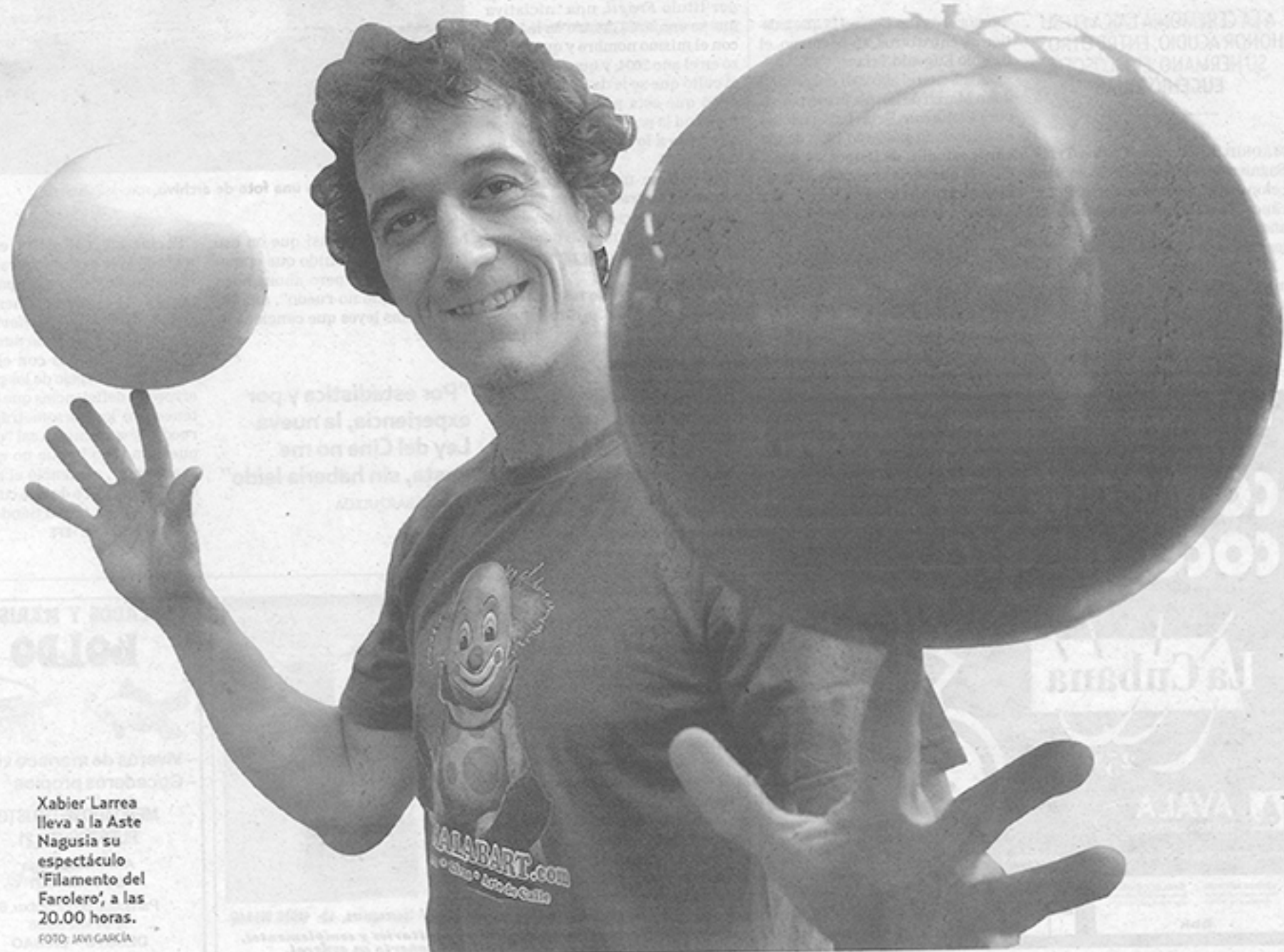
más el desparpajo, la guasa, el cachondeo, la fiesta, el bacileo, el contacto directo... Los malabares son algo mucho más vivo, con más sangre. Los franceses, en cambio, son mucho más fluidos, mucho más estéticos, contemporáneos; no buscan momentos de explosión (eso es más en lo latino); sin embargo, resulta muy bonito de ver, es para sentarte y disfrutar con lo que te proponen. Y los alemanes son más cuadrículados. Enseguida puedes adivinar por dónde van. Tienen muy buena técnica, como los americanos. Aunque estos últimos suelen tener una presentación malísima actoralmente hablando...", explica con convicción.

Koblakari organiza una Convención de Malabaristas en Bilbao todos los años, coincidiendo con el puente de la Constitución en diciembre. Comenzaron en el año 2002, con un encuentro familiar de amigos y compañeros de asociaciones vecinas. Cada año fue aumentando la afluencia, hasta llegar a los 700 asistentes aproximadamente.

"Hay muy pocos espacios para el circo y por eso nos conocemos todos", explica Larrea. "Yo puedo ir a cualquier ciudad europea y sé que me van a acoger", continúa. La Convención es eso, "una gran acogida" en la que los malabaristas se reúnen para compartir sus técnicas. Y para constatar que el aparente absurdo de lanzar un objeto al aire puede convertirse en un modo expresión y en una forma de ganarse la vida.

**"El circo se basa en aprender y compartir; no tiene nada que ver con la competitividad de otras artes escénicas"**

**"Apenas hay ayudas públicas para los malabaristas y el circo, ni siquiera espacios adecuados para ensayar"**



Xabier Larrea lleva a la Aste Nagusia su espectáculo 'Filamento del Farolero', a las 20.00 horas.

FOTO: JAVI GARCÍA